

AMSTERDAM

Isabel piensa a menudo en Amsterdam, a pesar de que nunca ha estado allí ni es probable que vaya jamás.

De niña, en una pequeña ciudad de la ensenada de Cook en Alaska, vio volcanes en erupción, ballenas que migraban e icebergs que avanzaban por el mar antes de haber visto un rascacielos o lo que podría considerarse arquitectura. Tenía nueve años, y fue durante un viaje a casa de su tía con su madre y su hermana cuando visitó una metrópolis real por vez primera: Seattle. Lo asimiló todo: las torres edificadas y las naves industriales, las vías del tren y los puentes, los cafés de las aceras y las tiendas de barrio, y el perfil de la ciudad a lo largo de la Autopista 99, la manera en que la ciudad parecía elevarse desde Elliot Bay, reflejando los Montes Olímpicos a través del sonido. La amplitud y los detalles la abrumaron, pero enseña le encantó la ciudad al igual que le encantaba el paisaje del norte. Las iglesias viejas eran grandiosas y solemnes, como los glaciares, y las

casas destartaladas le contagiaban de la misma sensación de tristeza que un conjunto de árboles pelados en invierno.

Empezó a coleccionar postales de otras ciudades: París, Londres, Praga, Budapest, El Cairo, Barcelona. Sacaba libros de la biblioteca y veía películas antiguas sólo para captar un destello de aquellos otros lugares. Se imaginaba visitándolos, caminando por sus calles, durmiendo en chirriantes camas de hostales, aprendiendo unas cuantas palabras de cada idioma.

Isabel encuentra la postal de Amsterdam el jueves por la tarde, en su tienda de segunda mano favorita, al otro lado de los puestos de comida callejera en la calle Hawthorne. Es una fotografía de unas casas altas sobre un canal, cada una pintada de un color distinto, apretujadas y levemente inclinadas, como una fila de gente que fuese del brazo, asomándose vacilantes al agua. La imagen tiene un brillo en Technicolor: los colores, más que habitar la escena, flotan sobre ella.

Le da la vuelta a la postal sin esperar nada –un antiguo espacio en blanco que nunca se usó–, igual que les ocurre a otras del expositor, compradas hace décadas en vacaciones olvidadas hace siglos, y nunca enviadas. Pero Amsterdam estaba timbrada; Amsterdam había sido enviada. El ma-

tasellos lleva fecha del 14 de septiembre de 1965 y un mensaje, escrito con esmero:

Querida L.:

Me quedé dormido en un parque. Empezó a llover. Me desperté con el gorro lleno de hojas. Tú eres todo lo que veo cuando abro o cierro un libro.

Tuyo,

M.

Isabel se queda ante el expositor giratorio de metal durante largo rato, con la postal en la mano, volviendo a leer el mensaje, imaginando al joven (tenía que ser un hombre joven) cuya pequeña y precisa caligrafía se extiende a lo largo de un espacio distribuido a la perfección. Se imagina a la joven (Miss L. Bertram, 2580 N. Ivanhoe St., Portland, Oregón) que recibió la postal y lo mucho que tuvo que haber leído entre esas pocas líneas, lo mucho que tuvo que desear que él le dijese algo más.

Isabel vuelve a la imagen de Amsterdam preguntándose si las casas sobre el canal todavía siguen allí o si habrán sucumbido al tiempo y a la humedad. Amsterdam es una de esas ciudades bajas, piensa ella recordando un artículo del *New Yorker* acerca del derretimiento de casquetes glaciares.

Isabel busca en el expositor más postales de Amsterdam y más correspondencia entre M. y L.,

pero no encuentra nada. Compra la postal y se va con ella metida hasta el fondo en su bolsillo del abrigo.

De camino a casa piensa que Amsterdam debe de parecerse mucho a Portland. Una ciudad de niebla resbaladiza durante el invierno, calada en sí misma. En primavera y verano, de un verde frondoso y ondulante, con el murmullo de las bicicletas y las semillas impulsadas por la brisa arremolinándose como diminutas galaxias blancas. Y aquellos gloriosos días de otoño, piensa mirando a su alrededor, neblinosos y helados por la mañana y con un sol radiante y halos de oro y ámbar para cada árbol.

De vuelta en su piso, clava Amsterdam con una chincheta a la pared sobre su cama, encima de otra vieja postal: cuatro tótems pintados de colores brillantes y unos cuantos abetos de tierras pantanosas inclinados sobre una ensenada cubierta de barro.